

**CUENTO N° 66**

**TITULO: VÉRTIGO**

**SEUDÓNIMO: CALANTHA**

**AUTORA: MARÍA PILAR GONZÁLEZ GONZÁLEZ**

## VÉRTIGO

Mi nombre es Yong, y toda mi vida ha transcurrido en una isla. Las pocas veces que la he abandonado, el añoro se me ha hecho eterno. Allí pasé mi infancia, adolescencia, mi plena madurez, y me acogió también la vejez. En ella supe de una vida plácida y tranquila que coincide con el temperamento y el anhelo de mi alma. Ya de adulto, siempre pensé que mi mejor opción y mi objetivo final estaban en la tranquilidad de aquella isla. Mar, sol, lluvia, brisa y bosque. Sosiego, energía, equilibrio y libertad. Eso me ha dado mi isla. Y ahora, en mi vejez, me lo sigue regalando. Nunca pasó por mi mente la idea de que el éxito, el ser el primero, el lograr más que nadie, era a lo que debía aspirar. Solo la abandoné por un tiempo para estudiar lo que siempre había deseado: medicina, esa profesión que siempre amé para ponerla al servicio de los demás. Una vez recibido, con diplomas y post grados, decidí radicarme allí, ejerciendo ese quehacer en mi universo insular.

Con el paso del tiempo, mucha gente abandonó la isla en busca de nuevos destinos; pretendiendo carreras prestigiosas, un gran trabajo y una vida brillante, muchos de ellos partieron a las grandes ciudades en busca de una identidad que en ese territorio alejado, no lograron encontrar. De vez en cuando recibía noticias de que esas urbes los habían aceptado, a ellos y a sus anhelos. Poco a poco esos reportes dejaron de llegar.

Por muchos años no me he alejado de mi trecho de tierra. Pero cierto día, hace unos pocos meses, debí partir a la capital por una causa mayor y quedé abrumado con lo que allí encontré. Acostumbrado a saborear en calma caminos y paisajes, me descubrí de súbito en medio de calles y veredas abarrotadas de personas que casi corrían, ansiosas y apremiadas, como si el tiempo escaseara y el caminar más calmado les estuviera vedado. El recio ruido del tránsito y de la construcción, mezclado con las alarmas urgidas y furiosas de ambulancias y vehículos policiales, resonaban en una clara disonancia de sonidos irritantes sin compás ninguno. Mientras le hacía el quite al denso y bullicioso tráfico, caminé lento y pausado percibiendo que muchos iban perdidos en su mundo; parecían dominados por audífonos y teléfonos que escuchaban y miraban embelesados. Vi madres y padres con mirada preocupada, con niños a su lado llenos de ternura, palabras y canciones, juegos y caricias; pero que a nadie emocionaban. En su prisa retraída, esos adultos, olvidaban que el candor puro y la alegría de un niño ayudan a aplacar y a aliviar los avatares de este mundo. Detecté tropes de jóvenes con mochilas en la espalda, hablando al aire, fuerte y sin inhibición, enchufados al más moderno y tecnológico aparato celular de turno. Descubrí parejas de ancianos que se escoltaban y protegían mutuamente para poder resistir en forma el denso ajeteo humano. Viajé en buses y subterráneos donde vi lo mismo, sintiendo la opresión de cuerpos y manos ajenas que me apretaban y estrujaban.

Nadie se daba el tiempo de mirar y palpar el paisaje, así como yo lo hacía siempre por los caminos de mi isla. Por un minuto, recordé el vertiginoso movimiento de mis juguetes de niño, a los cuales daba cuerda y no paraban nunca más, hasta que caían desde el borde de la mesa y tropezaban en el suelo. Creo que no estaba preparado para el ritmo frenético e implacable del pauteo ciudadano. Añoré aquello que me daba un sentido y que me hacía vibrar: la serena placidez de mi isla. Mi intuición de médico me decía que en la gran ciudad había un dañino desequilibrio que acarrearía una pérdida de control, que exageraba el consumo, aumentaba el individualismo y también la violencia. Me reuní allí con gente que estaba en lo más alto, con niveles de triunfo espectaculares vinculados con mi profesión. Pero también sospeché que varios de ellos vivían al límite de su fuerza física y mental, que en muchos abundaba el agobio, el cansancio y la ansiedad, provocados por enormes presiones. Advertí que la competencia y el desafío tecnológico eran tan fuertes que, básicamente, para poder seguir el ritmo había que someterse a la instilación constante y casi obsesiva del exceso de trabajo, de las redes sociales y de la acelerada ciudad.

A medida que caminaba, mi retina congelaba imágenes de multitudes, donde cada uno se igualaba al otro, como cautivados en un mundo de ordenamiento programado y manipulado por los celulares que portaban. Se notaba un insaciable apetito por los miles de datos que se entrecruzaban, como si un amasijo de información ordenara con poca indulgencia el contexto ciudadano, disfrazándolo de propósitos inclusivos. Hasta el lenguaje estaba cambiando, de repente se me hacía difícil entenderlo. Por un momento me imaginé en "El Mundo Feliz" de Huxley, aquel libro que me había sobrecogido tanto en mi juventud: todo el mundo seguía fielmente una consigna, conectados "on line" a una telefonía sin fin que producía el efecto de un "soma" colectivo. -Como si se huyera en manada de toda realidad humana; como si ese inusual comportamiento fuera la mejor respuesta a una urgente necesidad de sentido y validación- pensé. La dependencia era tan clara, tan concisa, que me dio la impresión de estar presenciando un feroz ataque a lo humano, donde el juicio y la mente quedaban vencidos, ingenuamente, por un mecanismo embaucador. Mi conciencia de médico me insinuaba que no siempre la ciencia, la avanzada tecnología y la excesiva producción ayudan a mejorar; posiblemente alivian cargas y dan soluciones a enfermedades y plagas que azotan al mundo, pero al mismo tiempo, pueden adormecer hasta llegar a ser un sistema nocivo de poder y de control. Bruscamente recelé de lo que estaba viendo, y me pregunté si el accionar humano no estaría ya empezando a depender de artefactos vigilantes que, plagados de algoritmos, fichan incesantemente todo lo que hacen y sienten las personas; como si se estuviera haciendo realidad otra novela de anticipación que había leído de joven, en la que el tiempo se pulverizaba y perdía su sustancia, haciendo bailar al mundo entero a su desmandado ritmo. -¿Será posible que estos dispositivos tan inteligentes pero no conscientes, nos

puedan conocer algún día mejor que nosotros mismos?- Con esa pregunta en mi mente, tomé la decisión de trajinar por las calles de esa extensa urbe y hacer lo contrario de lo que todos hacían.

En pleno centro de la gran ciudad levanté mi vista y me costó encontrar el cielo; la desmesurada altura de los edificios pegados uno al lado del otro, lo tapaban casi por completo. Inmensos, disparatados, sin la más mínima cordura, se encumbraban hacia lo alto alterando las calles y el entorno. Advertí un vahído al subir mi mirada y observar la extensa sombra. Semejaban gigantescas y apretadas colmenas en un incesante murmullo y movimiento. Evoqué al instante otro cuento de ciencia ficción donde los agobiados habitantes que lograban salir de una superpoblada ciudad, se apiñaban por miles y miles en las carreteras para poder llegar algún día (si tenían suerte), a vislumbrar el mar y la luminosidad del sol. Toda la lectura futurista (de ciencia, fantasía y ficción), que me había sobrecogido en la niñez, parecía hacerse realidad en el espectáculo que me presentaba la enorme ciudad.

De pronto, al dirigirme al sector más alto, me vi enfrentado a un descomunal bulldócer que destruía una calle con toda su infraestructura, hasta ahora, intacta: docenas de casas en excelente estado, veredas, árboles, soleras y luminarias de un barrio que había sido tranquilo, establecido y consolidado, eran demolidos y pulverizados para levantar allí un nuevo e inmenso proyecto inmobiliario. El mordisco brutal de esa retroexcavadora deshacía de un plumazo el cobijo de muchos hogares asentados por años en ese lugar. -Todo vale con tal de ir en pos de la más vertiginosa producción- advertí sobrecogido, mientras notaba en la gente mucha irritación, mucha pérdida de energía, mucho cansancio. -Con razón las personas quedan indefensas para enfrentar la irrupción de nuevos virus que devastan ciudades y países- alegó mi mente médica, mientras era testigo de una multitud que gritaba consignas exigiendo cambios, respeto, igualdades y oportunidades; pero al mismo tiempo arrasando con todo lo que había a su paso, como si ahí hubiese pasado el más poderoso y destructor ciclón.

Aplastado, perturbado y abrumado por los atascos de vehículos, el ruido, la prisa, las revueltas y las altas edificaciones, miré hacia el firmamento y sentí la inquietud que me producía el cambio tan brusco de los paradigmas de mi existencia. Me pregunté si habría un límite: hasta cuando la gente sería capaz de seguir absorbiendo la velocidad y el vértigo del día a día ciudadano.

El clima había estado revuelto, y por la noche me costó dormir con el ruido de un fuerte temporal. Por la mañana noté que las calles de la ciudad empezaban a llenarse de agua. Decidí bajar al Metro para continuar mi viaje, mientras una niebla espesa obscurecía el ambiente y la lluvia implacable no amainaba. El calentamiento global exasperaba a la atmósfera produciendo diversos estragos. Las noticias habían informado de grandes sequías e incendios, seguidos de lluvias torrenciales que habían anegado pueblos y ciudades en distintos rincones del planeta. Al bajar la escala del Metro, mis pies chapotearon en el agua que escurría por ella como si fuera una pequeña cascada. Subí al carro

percibiendo el silencio y la abstracción de los que iban allí; la mayoría seducidos por el anzuelo virtual de sus celulares. El tren tomó velocidad, y de súbito se sintió una fuerte explosión seguida de un torrente de agua que comenzó a anegar el carro. Los pasajeros, un tanto impávidos todavía, pero con una incierta y turbada cautela al ver que el agua subía y subía en cosa de segundos, perplejos pero confiados quizás, en que pronto nos rescatarían, solo atinaban con el celular en lo alto, a grabar la impresionante escena; tal vez ansiosos de un “like”, por difundir el mejor video de ella; como si aquello fuera su mágica tabla de salvación. Medio paralizado por lo que estaba observando, sentí que el agua llegaba a la altura de mi cuello; atónito, miré hacia las puertas cerradas. -Camina Yong, o no podrás salir- me dije, pero mis pies estaban soldados al piso. -¿Dispondríamos de tiempo? ¿Podríamos escapar?- un sinfín de contradicciones invadía mis pensamientos. En un segundo todo quedó silenciado por el manto de agua que me estaba cubriendo. Cerré mis ojos tratando de no respirar. -Así es como voy a morir- susurré, y de golpe me llegó nítida la imagen de mi querida isla que, de a poco, se fue desvaneciendo. Luego todo se apagó y sentí mi cuerpo flotar a la deriva. -Esto debe ser la muerte- recuerdo que pensé, mientras algo me envolvía en una capa cálida y relajante encaminándome hacia la luz de una inmensa paz. Sin miedo. Sin dolor. Sin pánico. Tranquilo, como si fuera uno más de mis sueños, volé hacia lo alto reconociendo a mi isla y a los seres queridos que allí me esperaban. Olí el mar. Sentí el viento. Vi las mariposas.

Y luego, me cegó la luz del sol.

Confundido y sin fuerzas, mis ojos al fin se volvieron a abrir en una habitación blanca y silenciosa. En mi cabeza giraban miles de piezas de un disperso rompecabezas. Mi memoria estaba envuelta en una telaraña de vivencias que llegaban y se iban. No podía unir las partes. No lograba ordenar el tejido de esa tela.

-¿Dónde estoy?- quise saber, mientras lentamente recuperaba mi conciencia.

Me enteré que un feroz cataclismo ciudadano había inundado por completo a una línea del Metro. Yo era uno de los sobrevivientes. Supe con tristeza que muchos pasajeros (incluidos varios niños), habían sucumbido bajo el manto de agua porque no lograron ser rescatados a tiempo. Alguien me mostró un brutal video que había circulado a nivel mundial.

Pasado un tiempo logré volver a la isla, a mi burbuja. Allí recobré mi cadencia al sentir la armonía y el equilibrio que me da su entorno generoso, natural y ancestral. -Pero sé muy bien que los cambios también llegarán a este lugar. Tarde o temprano los tiempos se esfuman para crear otros nuevos, donde sea que uno esté- asumí; a la vez que observaba desde mi ventana la metamorfosis del capullo de una oruga que se removía para dar vida a una mariposa. Cuando ésta voló con su cuerpo cambiado,

me fijé que todavía llevaba consigo una parte de su esencia, un retazo de su entidad de oruga. Seguí el vuelo de la pretenciosa mariposa, quien, embelesada por sus bellas alas nuevas, las movió al viento aterrizando frente a mí, como si me estuviera invitando a compartir juntos la brisa del mar. -De seguro siempre habrá orugas que se sentirán en la gloria al volar en las alturas, mientras que otras tal vez preferirán seguir con mesura desplazándose por el suelo- discurrí; tal como para mí, habituado al vuelo más moderado de mi generación, me era ahora incómodo seguir la cambiante y vertiginosa evolución de un mundo cada vez más tecnológico, virtual y digital.

Al recordar la dura experiencia en la gran ciudad, advertí una gran contradicción: por un lado muchedumbres de exaltados pidiendo cambios, aspirando a ser iguales, al respeto de sus derechos, al equilibrio de la naturaleza, de la paridad y de la generosidad social; pero al mismo tiempo, ansiando con avidez el poder, el éxito, el prestigio y el dominio de las ventajas de la más excesiva tecnología y producción. Como si esa paradoja, tan cercana a la imagen de un *oximorón*, fuera el más puro reflejo del “*claroscuro*” y de la “*tensa calma*” de la humanidad.

-¿Será el destino final una metamorfosis ineludible que lleve al ser humano a perder su esencia e identidad?- me pregunté, inquieto ... como cuando en la niñez me estremecía al leer a los autores de la más pura e ingeniosa ciencia-ficción.

-“*Todo en exceso se opone a lo natural*”... “*Proteger, respetar, aliviar y sanar la vida humana con conciencia, humildad y dignidad*”- esas frases de Hipócrates resonaron en mi mente, mientras notaba que el tiempo se me hacía corto para consumir mi misión.



